

INSPECTORIA SALESIANA DE SANTIAGO EL MAYOR

Avda. de Antibióticos, 126 - 24080 LEON



D. GREGORIO ARANDA CRESPO

El 26 de febrero de 1.992, de madrugada, fallecía nuestro hermano Gregorio Aranda Crespo.

Tenía 58 años y dejaba un recuerdo de paz, entrega, serenidad, delicadeza y dedicación sin igual.

Durante ocho años había arrastrado la enfermedad -una linfocitosis crónica-, que poco a poco fue minándole a pesar de los cuidados que tomaba. Nadie se enteraba de ellos ni de las molestias que le ocasionaba, pues lo hacía todo con discreción y buen ánimo.

Gregorio Aranda había nacido el 10 de octubre de 1.933 en Villafranca de los Caballeros (Toledo).

Con fecha de 9 de septiembre de 1.945 nos consta el testimonio de D. Angel Blanco, párroco de Villafranca, que le recomienda a la hora de ingresar en el seminario salesiano de Carabanchel: *"Ha observado siempre buena conducta moral y religiosa, frecuentando periódicamente los sacramentos distinguiéndose por su edificante ejemplaridad y asiduidad en la asistencia a las funciones religiosas parroquiales, desempeñando el cargo de acólito"*. Y con la máquina del mismo sacerdote está hecha una declaración, firmada por Gregorio, quien a los once años expone que, *"sintiéndose con vocación, quiere ingresar como seminarista, en uno de los colegios salesianos..."*. Eran otros tiempos y otros modos de hacer. De todos modos, Gregorio, a esa edad y con sus propias limitaciones sabía lo que quería.

Su aspirantado lo realiza en Carabanchel, Astudillo y dos años en Arévalo. Ante la entrada en el Noviciado esta comunidad emite su primer juicio: *"bueno, inteligente, piadoso"*. Y éstas son las escuetas palabras que se repiten en las pocas observaciones que se hacen en los informes a lo largo del proceso formativo de Gregorio: *"cumplidor, piadoso, hábil para muchas cosas, buen temperamento, espíritu óptimo"*. No falta tampoco cierta observación muy común entre aquellos que tienen un gran corazón: *"Le cuesta un poco la disciplina"*.

El Noviciado lo realiza en Mohernando y lo culmina con su primera profesión. Era el 16 de agosto de 1.950. La profesión perpetua la hace en Orense el mismo 16 de Agosto cinco años más tarde. Ese mismo año comienza la teología en Madrid, Carabanchel Alto. Cada año va recibiendo los Ministerios y Ordenes correspondientes y el 24 de junio de 1.959 es ordenado sacerdote.

Su trabajo misionero salesiano gira, en la práctica, en torno a las casas de formación. Hace su trienio en Arévalo y Astudillo. Estrena sacerdocio en Medina del Campo como confesor de preaspirantes primero y como prefecto después. En Herrera de Pisuegra, Cambados y Astudillo le vemos como Director; en Logroño como Padre Maestro. Se había preparado para este menester estudiando un año de espiritualidad en Madrid.

Con serenidad imperturbable Gregorio aguantó y superó las enormes dificultades por las que pasaban estas casas de formación durante aquellos años de carestía. Su trabajo, aún material -lo arreglaba todo-, su sencillez, su servicialidad, su amor a la Congregación, a Don Bosco,... eran proverbiales.

Desde 1.972 hasta 1.990 estuvo destinado en la casa Generalicia de Roma: la atención a la biblioteca, al archivo, el ser vicario durante muchos años, fueron algunos de los cometidos de Gregorio. De estos años el Rector Mayor hace una preciosa semblanza. En 1.990 es nombrado Director de nuestra casa de Madrid. A pesar de su enfermedad acepta el cargo con la misma sencillez y generosidad de siempre.

*** Enfermedad.**

En el verano de 1.984 se le declaró la enfermedad, una linfocitosis crónica, de la que ya no se recuperaría nunca. Pertenecía entonces a la comunidad de la Casa Generalicia. Estaba de vacaciones en Madrid, cuando la enfermedad estuvo a punto de terminar con él; la situación fue muy grave hasta que la identificaron.

A partir de entonces fue controlando la enfermedad que avanzaba lentamente, aunque desde fuera no se notara demasiado. Todos los días, por ejemplo, se ponía una media. Lo hacía él sólo, con paciencia y constancia. Se levantaba temprano para estar a punto en la oración comunitaria. El tipo de medicamentos que tomaba le hacía pasar por etapas sucesivas de euforia y decaimiento; en todo tiempo, sin embargo, mantenía el mismo ánimo y humor y prestaba las mismas atenciones. Consciente de su enfermedad, luchaba contra ella aceptado a la vez la realidad. El 19 de noviembre de 1.989 había apuntado en su agenda una breve frase: *“No se puede pactar con las dificultades; o las vencemos o nos vencen”*. A Gregorio no le vencieron hasta el último momento.

En 1.990, regresó a la inspección de origen y se quedó en la casa de Madrid, precisamente para poder controlar mejor la enfermedad con el equipo de médicos que le había atendido. Pero se quedó como director y administrador. Una carga -sobre todo la de administrador- demasiado pesada para él, dadas sus circunstancias, como reconocía al final. Es más: la ausencia de la cocinera oficial durante casi nueve meses, le llevó a atender solícito a todo: llevar la ropa a la lavandería, preparar ciertas comidas... Servicial, como siempre, desempeñaba su labor con toda clase de atenciones y detalles.

*** Los últimos meses.**

En el verano del 91 se acentuó el malestar. *“No tengo ganas de pasar las cuentas”*, recordaba que se decía a sí mismo y dejaba sin anotar los pocos datos de la comunidad de Madrid. Durante el mes de agosto quedó en la comunidad, aunque estaba él solo, atendiendo a la casa y a la capellanía de las hermanas salesianas. *“Desde que vino Gregorio no hemos tenido ningún problema. Siempre estaba dispuesto para atendernos”*, recordaba la directora.

Durante ese mes acudía a comer a casa de su hermana María Luisa, salesiana que había salido temporalmente para atender a su madre. Regresaba a dormir a la comunidad.

Probablemente algún alimento en mal estado hizo que todos los hermanos cayeran enfermos el 16 de octubre a causa de una grave intoxicación. Gregorio, dada la insuficiencia de sus defensas, fue el primero en notar los síntomas. Se sintió

enseguida indispuerto y ya no se recuperaría más. Para poder ser atendido mejor, acudió dos días más tarde a casa de su hermana. Allí permanecerá hasta el final. Gregorio se muestra con ánimo y está esperanzado, pero reconoce su impotencia y cansancio progresivos. De hecho el empeoramiento fue acentuándose lentamente. Una vez al mes le ingresan en la clínica Rúber para obsevarle y realizar una trasfusión de sangre de varios litros. Las transfusiones tienen reacciones diversas cada vez... El lo lleva todo con paciencia.

Más: nunca quería molestar a nadie. El tiempo que pasó con su hermana, dormía con dificultad. Pero nunca la llamó. *"Cuando yo te necesite, te llamo"*, le decía. Pero no le llamó ni una sola noche. Una monja de las que le atendía al final en el Hospital tuvo que decirle: *"Gregorio, aquí se queja uno"*. *"Lo intentaremos, lo intentaremos"*, decía Gregorio. Pero ni allí se quejó.

Permaneció diez días en el hospital. Al principio se le notaba todavía con esperanza y siempre con buen ánimo y humor. Tenía muchas molestias, aunque no dolores y era consciente de que se acercaba el final. A pesar de eso lo seguía llevando todo con ánimo y buen humor. *"Esto hay que pasarlo"*, decía. Y también: *"Aquí estoy haciendo de tripas corazón"*. Aludía a su vientre hinchado por la enfermedad.

En la clínica le atendió en todo momento su hermana María Luisa. El día 20 celebramos la unción de los enfermos. Los hermanos de Madrid le acompañaron con frecuentes visitas, pero él mismo les decía que prefería estar solo: de nuevo su delicadeza le llevaba a sufrir sin hacer sufrir.

El 26 de febrero fallecía a las 12,30 de la madrugada. Dadas las condiciones reducidas de la casa de Madrid, las hermanas salesianas de la Dehesa de la Villa nos prestaron su casa y nos dieron todas las facilidades. Por allí pasaron muchos hermanos de la Inspectoría de Madrid y sus familiares. Allí fue el funeral, un día más tarde, presidido por el Inspector de León. Le acompañaba también el de Madrid y cincuenta sacerdotes más, muchos de ellos de la Inspectoría de Madrid. Muchísimas fueron las Hijas de María Auxiliadora que acudieron a dar el último adiós a Gregorio y a acompañar a su hermana María Luisa. No faltó tampoco el representante de la casa Generalicia: el Padre Bruno Bertolazi, su Director, que con su representación portaba un mensaje del Rector Mayor.

*** Testimonios unánimes.**

Los comentarios unánimes sobre la virtud de Gregorio y su última capacidad de convocatoria hablan de lo mucho que hizo Gregorio calladamente, en silencio.

El padre Bruno trajo un mensaje manuscrito del Rector Mayor que el Inspector leyó en la homilía. Habla del "inolvidable P. Gregorio Aranda" y dice: *"Nos ha*

ayudado aquí en la Casa Generalicia por largos años de trabajo, de testimonio, de bondad, de disponibilidad, de alegre fraternidad; un verdadero ejemplo de amor a la Congregación y de fidelidad a Don Bosco. Fue esmerado en todo y servicial; equilibrado y consciente; todos lo querían; sus buenas noches eran originales, incisivas y comentadas. Hemos sentido mucho su enfermedad y nos duele profundamente su muerte, pero agradecemos por él al Señor... Me uno a vosotros en los sufragios y en la petición de vocaciones tan calificadas”.

Don Scrivo, que fue Vicario General del Rector Mayor, se unió con su recuerdo: *“En los muchos años de colaboración en la Pisana, mi admiración por don Aranda fue creciendo por su testimonio de salesianidad, de bondad, disponibilidad, serenidad en el sufrimiento, capacidad de ofrecimiento. En la persona de don Aranda he visto signos de la santidad salesiana. Un don del Espíritu a la Congregación. Una gracia para quien ha vivido junto a él y hoy siente que puede pedirle una fraterna intercesión en la comunión de los Santos”.*

También Don Juan Vecchi, actual vicario del Rector Mayor, envió su testimonio: *“El recuerdo de su servicio ejemplar, de su sencilla fraternidad y de su testimonio de vida religiosa sigue vivo entre nosotros”.*

*** Cura y tornillos a la vez.**

Todo esto le venía a Gregorio de lejos. Su hermana María Luisa, le recuerda de pequeño como un niño extraordinario y excelente, no corriente. *“Siempre tenía un algo. Si a mí me regañaba mi padre, yo protestaba. El no decía nada. Cuando terminaba de regañarme y yo de chillar, iba junto a mí y me decía: ‘Cuando te regañe papá, cállate, porque le contestas y lo primero que haces mal y después haces que se enfade...’. Tenía por entonces cinco o seis años”.*

Recuerda también su hermana que desde pequeño dijo que iba a ser sacerdote. El padre tenía un taller mecánico en casa. Con él estaban dos o tres chicos trabajando y aprendiendo. Gregorio siempre estaba en el taller. Y allí llevaba también a todos los amigos. Los chicos que trabajaban en el taller, se metían con él y le decían: *“¡Qué vas a ser tú cura! ¡Venga, a los tornillos!”* Y el respondía: *“Tengo que ser dos cosas: cura y los tornillos. Porque ser cura es poco. Tengo que ser algo más”.* Tendría por entonces seis años.

Ambas actitudes las mantuvo a lo largo de toda la vida. Siempre mantuvo el ánimo sereno y la mente despierta. Siempre mantuvo las manos dispuestas y hábiles para trabajar. Pocos días antes de morir confesaba que su vocación frustrada era haber sido investigador. Y nos explicaba el funcionamiento del aire acondicionado de la habitación, a la vez que se maravillaba de *“la de cosas que ha habido que*

inventar para hacer que una persiana funcione". Con su buen ánimo, él también hizo que funcionaran las personas.

*** Salesiano ejemplar.**

Cuando Gregorio manifestó su deseo de ir al seminario, todos esperaban a que viniera un tío que tenía en el Seminario de Toledo para hablar con él y hacer que fuera allí, pero murió de repente. Su padre también estaba grave. Con todo fue a Madrid con unos compañeros que iban a examinarse a Carabanchel y ya se quedó.

Gregorio fue, como dice el Rector Mayor, *"un verdadero ejemplo de amor a la congregación y de fidelidad a don Bosco"*. En él se reflejaban, como dice Don Scrivo, *"los signos de la santidad salesiana"*.

Angel Téllez comunica sus primeros recuerdos de don Gregorio, que datan de 1.959:

"Con nosotros te entrenaste como confesor y prefecto... Lo supiste armonizar muy bien. Además fuiste profesor de matemáticas y de música y viajero incansable. Nos tenías que dar de comer. Todo era nuevo para ti y para nosotros. Fueron diez meses de compañía a lo largo de los cuales te hicimos sufrir mucho, aunque tú bien lo disimulabas. Luego, como el padre bueno, nos perdonabas tú y nos perdonabas en nombre de Dios. Y lo hacías porque nos querías".

Y sigue recordando hechos de aquellos primeros momentos y anécdotas de las que tan pródigo fue:

"Un día le tapaste a uno la boca con un esparadrapo para que no hablara, evitando así darle un buen cachete, que parecía lo más natural. Entonces vimos de qué manera habías practicado la mansedumbre y rechazado la violencia. Otro día lloraste en clase porque no podías con nosotros. Vimos tus limitaciones confesadas. Y tus lágrimas, junto con tus palabras, fueron la mejor lección. Todos aprendimos algo. Rezumabas bondad, paciencia y mansedumbre, mientras por dentro limabas las asperezas y dureza de carácter. También alguna vez nos lo confesaste sin por ello faltar al pudor. Luego, cuando nos enseñabas el himno a san Francisco de Sales, entendíamos lo de la mansedumbre y lo de la gota de miel y el barril de vinagre. Ya entonces ibas construyendo el hombre nuevo desde tu interior".

No es extraño que muchos años más tarde, en 1.990, anotase una de las frecuentes frases que le servía para dar las buenas noches o para su recuerdo personal: *"Nuestra religión consiste en servir y olvidar"*.

Cuando fue maestro de novicios durante el curso 1.970-71, insistía en la corrección, el buen trato y la urbanidad. El siempre los tuvo. Partía de que la iniciación a la vida religiosa se realiza viviéndola concretamente y tenía clara conciencia de que la actitud del maestro de novicios era esencial para crear la atmósfera del noviciado.

*** Un hombre bueno.**

“Era la bondad en persona”, dicen quienes convivieron con él. Y también: “Ha sido una persona extraordinaria en sus obras”. Pero no hablaba de ello: lo hacía.

Termina Angel Téllez su testimonio espontáneo: *“Hace menos de dos años, mientras paseábamos por La Pagoda (comunidad de Madrid), me contaste con todo detalle lo que te pasaba. Me di perfecta cuenta que habías asumido tu situación de enfermo incurable y que morías cada día un poco. Y no perdías la sonrisa ni la calma. Llegue a decirme que eras ‘un hombre bueno’... Has pasado por la vida haciendo el bien; como el Otro, Jesús, que murió muy joven. Tú, casi casi”.*

Pasó desapercibido, sin deslumbrar, siempre sirviendo. Los ruidos y lo que molestase a alguien, siempre lo evitaba. En la tristeza o en la alegría, él sabía mantener la calma y la ecuanimidad.

“Todos pudimos comprobar su gran corazón, su sonrisa encantadora y su gran amor a la Congregación”, comunicaban los hermanos del Colegio Hogar de Vigo. Y Antonio Pérez resumía: “Fue un hombre bueno, sencillo y cordial”. Eleuterio Lobato comunicaba a su hermana: “Gracias a ti por cuanto te has dedicado a nuestro hermano. Su amor a la vocación, su sencillez y ocultación, su laboriosidad contemplativa, sea estímulo para todos”.

*** Los años romanos: disponibilidad y servicio.**

Diecisiete años estuvo Gregorio en la Casa Generalicia. Allí hizo de todo. Estuvo en el Archivo, en la Biblioteca, fue Vicario, pero... sobre todo, sirvió sobre manera y a todos: acompañante solícito, recadero infatigable, sacerdote delicado, detallista, puntual..

Atendió también como capellán y confesor a las hermanas salesianas del Auxilium desde que se inauguró la casa. Estuvo siempre atento a todo y sirvió de enlace con la Casa Generalicia. Sabía acercar a superiores, misioneros, obispos o personalidades que pasaban por allí. De esta forma ayudó a las hermanas a ponerse en contacto con otras realidades y necesidades... Y lo hizo siempre con prudencia y a la vez con intuición. Recuerdan las hermanas de Roma que fue hombre bueno y hermano de verdad: *“Todas las hermanas han podido gozar de su corazón de Salesiano bueno, prudente, entusiasmador”.*

Fanny Guerra, una Voluntaria de Don Bosco que trabaja en el ministerio de Educación de Ecuador, y con la que Gregorio colaboró muchísimo desde la sombra, se quedaba sin palabras y se llenaba de emoción al recordarle: *“Cuando llegué a Roma, me lo presentaron y encontré en él a una persona, a un hermano, a un sacerdote que me ayudó muchísimo. Yo pude ver personificada en él la espiritualidad salesiana.*

Y recuerda cómo le prestó unos libros de la biblioteca para que no tuviera que venir cada día desde muy lejos y con la confianza y condición de que no se perdieran. Pero de camino a casa le robaron el bolso. Lo primero que hizo fue llamar a Gregorio y decirse. No te preocupes, le dijo; hay otra copia. Lo principal es que estés tranquila”.

“Era misericordioso”, resume Fanny. “Y tenían también un gran amor a Don Bosco”. “Para ser voluntaria, ama a Jesús y conoce a Don Bosco”, le aconsejaba.

Las Voluntarias de Don Bosco de España le habían puesto el sobrenombre de “Ángel de la guarda” por la presencia acogedora y extraordinariamente servicial que siempre les ofrecía en los viajes a Roma: “Al llegar al Aeropuerto, allí estaba D. Gregorio, dispuesto a trasladarnos a la Pisana. Al permanecer allí varios días, siempre contábamos con su ayuda oportuna para cubrir alguna necesidad: cambio de moneda, visitas turísticas... Fue un salesiano ejemplar. Con verdad podemos afirmar que es un excelente testimonio de una vida silenciosa, humilde y muy fecunda, entregada totalmente a la construcción del Reino por su singular servicio evangélico para todos”.

Queremos recalcar también el testimonio de A. Arto, S. Domínguez y J. M. Prellezo: “Durante los últimos años romanos, nosotros hemos podido admirar su imperturbable serenidad, a pesar del mal que padecía, de cuya gravedad era plenamente consciente; y, sobre todo, hemos tenido ocasión de gozar muchas veces de su acogedora sonrisa y, siempre, de su total disponibilidad”.

Las páginas de su agenda de esos años están llenas de notas sobre encomiendas que tenía que hacer: buscar a un hermano, llevar un paquete, enviar libros... O preparar las buenas noches. Sólo una pequeña línea le daba la idea. En medio de esas notas aparecen algunas frases que iba viviendo cada día: “La caridad abstracta es casi siempre egoísmo”, dice el 8 de enero de 1990. Y vuelve a repetirla el 30 de junio, asignándosela a Dostoyeski: “El amor abstracto por la humanidad es casi siempre egoísmo”. El tenía una caridad en concreto: servicio silencioso y disponibilidad total.

*** Talla y mano de santo.**

Cuenta Fanny Guerra que, cuando el Padre Antonio Guerriero se enteró en Ecuador de su muerte, se lo comunicó a las hermanas en las buenas noches: “¡Qué consuelo!, dijo. Don Bosco estará feliz de tener un santo a su lado”.

Todos los testimonios, como hemos visto, coinciden en lo mismo. También Eleuterio Lobato comunicaba su muerte en las buenas noches a la comunidad de Villamuriel: “Al comentar alguno de sus rasgos, oí comentar a más de uno: Gregorio está en el cielo”.

“No le tenía miedo a la santidad”, resumió el inspector de León en el funeral después de recordar cómo había ejercitado mucho el sacerdocio. *“No pasa nada”.* Esta era su frase automática ante cualquier dificultad o contrariedad. El hacía que no pasara nada.

Además de tener talla de santidad, tenía *“mano de santo”*. La época de los tornillos le acompañó siempre: usaba las manos para bendecir y para... trabajar. Arreglaba motores, ponía persianas, preparaba comidas... Todo lo que pasaba por sus manos, si estaba parado, lo echaba andar. Una cosa que no tuviese solución, él se la buscaba. Porque era investigador de verdad.

Hacía fáciles las cosas difíciles. Su hermana recuerda que se decía de él: *“Donde Gregorio pone la mano, queda arreglado aquello”*. Y recuerda también que no fue nunca un niño parlanchín: *“Eso de hablar no le iba ni antes ni después”*. No es de extrañar que el 2 de octubre de 1.988, a principio de curso escribiera en su agenda: *“Quien sabe hacer las cosas, las hace; quien no sabe, habla de ello”*. Gregorio hacía y callaba. Y lo hacía con eficacia y sin relumbrón. Por eso anota también otro día la frase de Pemán: *“No hay virtud más eminente que el hacer sencillamente lo que tenemos que hacer”*.

Gregorio era virtuoso en ese sentido, pero no lo improvisó. En una de las hojas de una agenda que conservaba del año en que fue maestro de novicios tenía anotado: *“En las cosas grandes los hombres se muestran como les conviene; en las pequeñas se muestran tales como son”*.

*** Investigación.**

La investigación, como ya hemos aludido, le chiflaba. El la llevo a cabo a su modo y de diversas maneras. Escrutaba en los aparatos y buscaba en los libros. Y lo practicaba en la vida y a las personas. Como buen investigador nunca decía que no. Su primera palabra era siempre de acogida: sí. Después callaba y buscaba.

Cuando estuvo con los estudiantes de filosofía en Medina del Campo escuchaba a todos en la mesa o en las conversaciones. Oía las opiniones de unos y de otros y callaba. Al día siguiente acudía y daba su respuesta que había consultado: *“Eso que dijiste no es así; tal dato es exactamente de esta manera...”* Y lo hacía sin herir.

No es extraño que de él dijera D. Santiago Ibáñez: *“Cuando habla éste, nos deja a todos callados”*. No es extraño tampoco que Gregorio hubiera apuntado en su agenda el 11 de marzo de 1.990: *“Nada hace a los espíritus tan imprudentes como la ignorancia del tiempo pasado y el desprecio de los libros antiguos”*.

*** Preocupado por la educación.**

Esta Gregorio muy preocupado e interesado por las cuestiones educativas. Pudiera parecer extraño en quien había estado alejado durante años de las tareas educativas directas. Tenía muchos y buenos libros de educación, estaba al tanto de la actual ley española de Reforma de la Educación y había recopilado numerosos artículos de temática educativa. Quizás a ello le haya llevado el hecho de estar claramente contra la violencia y el maltrato, sobre todo a niños, en la familia y en la sociedad en general. *"Iluminar es poco; calentar es más; iluminar y calentar es lo perfecto"*, había anotado en 1.988. A eso puede ayudar la educación.

Gregorio estaba muy preocupado por la educación y decía que todos nos educamos unos a otros. Era partidario de que no hay maestros ni aprendices, sino que todos somos maestros y aprendices a la vez. El precisamente fue aprendiendo hasta el último momento de su vida. *"Educar, educar, esa es la solución"*, repetía en cartas a Fanny Guerra, la Voluntaria de Ecuador encargada de un programa de Educación de su gobierno.

"Yo lo escribía -dice Fanny-, sobre todo cuando había graves problemas y veía que la educación se politizaba. Yo hice una huelga de dos meses. Le preguntaba qué le parecía y él siempre era amante de la no violencia. Y me decía: "Esos pueblos tienen democracias débiles, pero nosotros no tenemos las soluciones. Eduquemos a los niños, eduquemos a los jóvenes". Me mandaba artículos de educación y yo los elaboraba y publicaba. El tenía pasión por la educación en la familia. Mis jefes comenzaron a tomar conciencia de la educación a la no violencia".

Colaboró estrechamente con Fanny Guerra enviando artículos, resumiendo libros, preparando trabajos... Quizás era muy consciente de lo que dice un proverbio oriental, según anotaba en su agenda el 9 de enero de 1.990: *"Si quieres programar para un año, siembra un grano. Si quieres programar para diez años, planta árboles. Si quieres programar para siglos, forma al hombre"*.

El lo hacía conservando siempre su estilo de persona buena que confía e investigador sabio que sabe relativizar y esperar. Así se puede intuir lo que anota el 29 de julio de 1.990 y que llama *"Premisas básicas"*:

1. *A ninguna persona puede enseñársele lo que no esté dispuesta a aprender.*
 2. *A ninguna persona puede obligársele a que sea responsable e independiente.*
- "Ninguna generalización es enteramente verdadera. Ni siquiera esta".*

*** Las buenas noches.**

Ya hemos aludido a las buenas noches. Todo el mundo habla de su estilo claro, sencillo, directo, breve. Usaba comparaciones, frases de autores, datos curiosos...

Dejaba caer las ideas como quien no quiere la cosa y se iba. Parecía que no decía nada pero era efectivo.

Fueron muy comentadas unas buenas noches dadas en Cambados en 1.968. Estaban los clérigos y otros salesianos alborotados, lo mismo que los aspirantes, porque no se había visto o no se iba a ver el programa de Eurovisión en el que cantaba Masiel. Después de las oraciones comenzó como de costumbre: *“Ave María Purísima”*. Y siguió: *“Aunque la mona se vista de seda... Buenas noches nos dé Dios”*. Eso fue todo. Otras eran algo más largas, pero no mucho más.

En los últimos años de Roma anotaba en su agenda alguna frase para las buenas noches, que después desarrollaba brevemente. Así, el 28 de mayo de 1.990 señala: *“Nuestra sociedad fabrica coches que funcionan como hombres y hombres que funcionan como coches”*. O muchos años antes, cuando era maestro de novicios, anota una breve frase centrada en María: *“La Virgen es edición aparte con tirada de un sólo ejemplar”*.

Se inspiraba en la vida. De regreso a España anotó y comentó frases de la publicidad: *“Entre; saldrá ganando”* (BBV). *“Si te atreves, puedes”* (Publicidad de una pintura de uñas).

Comentaba lo que vivía. *“El espíritu creador de la unidad es también creador de la diversidad. En la complementariedad”*, anotaba el 30 de mayo de 1.990. Y el mismo día: *“¡Crecer en la unión y comunión! El número de Dios se marca con los dedos de todos”*.

*** Tragar amargo y escupir dulce.**

Su estado, del que era consciente, le lleva a hacer alusiones frecuentes a la vida o a la enfermedad en busca de sentido: *“Avanzar hacia adentro, progresivamente”*, escribe el 11 de mayo de 1.990. El 13 de febrero de 1.989 decía en las buenas noches: *“El verdadero dolor de la vida es el que aflige al espíritu”*. Y proponía mantener la alegría en el dolor.

En otra ocasión toma una frase de Confucio: *“El primer deber que tenemos es sobrevivir; el segundo es pensar”*. O acude a Dios en busca de explicación y sentido: *“Dios no nos olvida escondido; busquemos”*. Y concluye esta frase como explicación: *“Dios domina el mundo y los acontecimientos. El resto: esperanza”*.

Desde su estado, era más sensible a todo lo relacionado con la vida. Entre el 16 y 18 de mayo de 1.990 habrá transcrito tres frases de A. Zatti. Dice la primera: *“El cristiano, cuando nace comienza a morir y cuando muere comienza a vivir”*. Y la segunda: *“Fue providencial que siempre estuviera en necesidad”*. Y termina con una frase de Zatti al Dr. Echay, un tipo depresivo: *“Para eso hay un remedio, doctor. Hay que tragar amargo y escupir dulce”*.

El 21 de enero de 1.990 escribía en el borrador de un carta a una religiosa que acababa de perder a su madre: *“Ahora va a hacer un año (5 de abril) de la muerte de la mía. Sabemos que han de llegar estas cosas pero nos cuesta aceptarlo. Nos consuela el pensar las muchas cosas buenas que han hecho en su vida. Ciertamente están gozando de Dios. Yo recuerdo los rosarios de tu madre precisamente por mí cuando yo estuve tan mal...”*

Lo mismo dicen todos de él. El tenía una clara conciencia del valor de la vida eterna: *“Eso es lo que vale; esta vida pasa”*. Eso mismo le hacía relativizar el valor de otras cosas menos importantes y dar importancia a lo esencial para tragar amargo y escupir siempre dulce: sonrisa, paz, acogida, bondad, comprensión, delicadeza, detalles... Por eso podía decir de verdad ante cualquier dificultad propia o ajena: *“No te preocupes; no pasa nada”*. Ahora nos sigue ayudando a que esto sea verdad.

Al presentarnos esta semblanza de nuestro hermano Gregorio damos gracias a Dios por su vida, y por el regalo que ha constituido para la Congregación Salesiana y suplicamos al Padre que nos conceda vocaciones tan generosamente entregadas como la de Gregorio. Os pido también una oración por su eterno descanso, por la comunidad de Madrid que le recordará siempre con cariño y gratitud y por esta Inspectoría de Santiago el Mayor.

Afmo en Don Bosco

Filiberto Rodríguez
Inspector.

DATOS PARA EL NECROLOGIO

Sacerdote **GREGORIO ARANDA CRESPO**. Nació en Villafranca de los Caballeros (Toledo) el 10 de octubre de 1.933. Murió en Madrid el 26 de febrero de 1.992, a los 58 años de edad, 41 de profesión religiosa y 32 de sacerdocio.